



DESAFÍOS DE LA MODERNIDAD Y LA POSMODERNIDAD EN EUROPA ORIENTAL

Stefano Bianchini

Los caminos de Europa Oriental hacia la modernidad¹

¿Puede el 4 de junio de 1989 ser revalorizado como una fecha emblemática de la historia europea e internacional de nuestra época?

La caída del muro de Berlín, algunos meses posterior, ha adquirido sin duda un valor simbólico innegable. Pero su rico significado es de alcance europeo antes que mundial, y en todo caso había sido preanunciada por los acontecimientos del 4 de junio. Ese fue el día en que los ciudadanos de Polonia participaron en las primeras –aunque semi-libres– elecciones de la segunda posguerra, y en el que Deng Xiaoping llevó a efecto en China la matanza de Tien An Men. ¿No representa esto la gráfica imagen de un decidido quiebre entre Europa y Asia, en términos de concepción de la modernización y de los valores en que debería fundarse?

En el marco del “socialismo real”, ese acto electoral polaco no habría podido verificarse sin el consentimiento soviético. Tampoco hay que olvidar que Gorbachov acababa de volver de un viaje a China que había hecho surgir grandes esperanzas respecto de la democratización de ese país.

El hecho, pues, de que un estado socialista de Europa y otro de Asia dieran en forma simultánea dos soluciones opuestas a la relación entre modernización y democracia puso en evidencia la existencia de un claro quiebre en el frente interno del mismo movimiento comunista, por más que persistieran las mitologías occidentales sustentadas en la identificación del orientalismo europeo (y ruso) con la “no Europa”, si no directamente con el “despotismo asiático”.

En realidad, los sucesos que hicieron posible el 4 de junio en Polonia (y también los que tuvieron lugar después en toda Europa Oriental, incluida la Unión Soviética/Rusia) surgían de una experiencia modernizadora de larga data, firmemente anclada en un contexto paneuropeo más amplio. En el transcurso de esa experiencia habían venido sucediéndose una serie de visiones y políticas muy diferentes entre sí en numerosos aspectos, y que aún continuaban siendo diferentes, junto con una progresiva coincidencia, al menos en el plano de los principios, respecto de ciertos valores de fondo como la democracia, la economía de mercado, el abandono del uso de las armas para reprimir libertades fundamentales y el respeto por los derechos humanos.

Más allá de las disparidades que las distinguen, Rusia, la Europa Centro-Oriental y báltica y la Europa balcánica o danubiano-balcánica constituyen realidades que han edificado un vínculo propio con la modernidad, en interacción con las dinámicas continentales más amplias. En otras palabras, el impulso a la “occidentalización” no ha sido mera imitación de modelos, ni mera atracción del Este por el Oeste (por más que la presencia de esas tendencias sea innegable).

En su devenir, dicho impulso ha producido una variedad de relaciones, de reelaboraciones conceptuales y de comportamientos mestizos que es preciso situar (o “reinterpretar”) en un marco de referencia europeo de conjunto. Y si bien es cierto que las clases dirigentes y los intelectuales polacos, checoslovacos o húngaros han reivindicado con frecuencia en el curso de los siglos XIX y XX su pertenencia a “Occidente”, remitiéndose a “tradicionales vínculos de civilización”, no se puede por eso menospreciar el papel que ejerció

la cultura judía cosmopolita y supraeuropea, ni el peso que la política oriental tuvo en la Polonia jagelónica, durante siglos orientada en dirección a Lituania, Bielorrusia, Ucrania y el mar Negro, ni tampoco la penetración sueca en Rusia o la atracción que impulsaba a Hungría hacia los Balcanes. Tales circunstancias se entrelazaban tanto con la “occidentalización” de los zares rusos, desde Pedro el Grande a Catalina II, como con el “orientalismo” de las repúblicas italianas de Venecia y Génova, o incluso con una secular y sangrienta conflictividad entre católicos y protestantes que jamás se atuvo a la línea divisoria entre Este y Oeste.

Todo eso confirma la presencia en el Viejo Continente de esa división conceptual que Larry Wolff² y otros estudiosos han puesto en evidencia a partir de la Ilustración. Por lo demás, su concreción en forma política a mediados del siglo XX no ha suprimido la gran variedad de formas de las relaciones europeas. Al contrario, tras el fin del estalinismo tales relaciones han seguido siendo intensas y hasta se han reforzado, pese a la subsistencia, en verdad cada vez más débil, de la llamada “cortina de hierro”.

Si no se parte de este dato de hecho sobre la estrecha correlación entre modernización y mestizaje europeos será imposible comprender por qué los comunistas del Este de Europa decidieron firmar el Acta Final de Helsinki, impulsando la colaboración económica entre los dos bandos y dando acogida al llamado “tercer cesto” (*third basket*, tercera sección del tratado), sobre derechos humanos. Por más que la puesta en práctica de esos principios haya sido luego contradictoria (y todavía no ha dejado de serlo en la Rusia de Putin), tanto la citada Acta como los principales acuerdos internacionales emanados del Consejo de Europa, de las Naciones Unidas, de la Unión Europea y la OSCE sobre democracia, derechos humanos, libertad de movimientos de personas y capitales, han sido adoptados como propios por los países de Europa Oriental en su conjunto, incluida Rusia³.

Existe un vínculo cultural de atracción por la modernidad y de diferenciación respecto de ella, ambivalente y transversal, y del que por cierto no está libre Europa Oriental. Para convencernos de que ello es así bastará un rápido repaso de las etapas modernizadoras y los proyectos de modernización que han madurado en los últimos dos siglos. Ya Jürgen Habermas había dado en su momento una célebre e incisiva definición de la modernidad. La describía como un proyecto impulsado por el pensamiento iluminista del siglo XVIII, cuyo objetivo principal es la emancipación humana y cuyos desarrollos se fundan en los aportes de tres instrumentos principales, dotados de racionalidad propia: *a)* una ciencia objetiva, para poder controlar la naturaleza en provecho del desarrollo humano; *b)* un derecho universal, para oponerse al uso arbitrario del poder; *c)* un arte autónomo, capaz de representar la lógica específica de la sociedad⁴.

Piénsese, pues, en las ideas iluministas difundidas por los despotismos imperiales de Austria, Rusia y Prusia, y en cómo las ideas de la Revolución francesa penetraron en Rusia y los Balcanes a la zaga de las ejércitos napoleónicos. Tales ideas constituyeron una poderosa influencia estimulante para los espíritus reformadores locales, e hicieron posible también que la aspiración a la emancipación humana se difundiera a través de las redes culturales (diásporas, religiones), educativas (universidades, academias, escuelas de enseñanza preuni-

versitaria), por la difusión de invenciones como la imprenta y por la proliferación de las comunicaciones, para encontrarse al fin con el igualitarismo de los pequeños propietarios rurales o de los campesinos sin tierra, que durante siglos habían elaborado sus relaciones sociales sobre la base de instituciones solidarias reguladas en el interior de la comunidad familiar y de la comunidad aldeana.

De esa mezcla de impulsos surgió la crítica de los *narodniki* al capitalismo. Este movimiento vio en la liberación de la servidumbre el primer paso hacia la emancipación humana, concebida —como sostenía Chernishevsky— tanto en términos de revalorización crítica del patrimonio institucional, que hallaba su expresión en el mundo campesino, como en el sentido de ofrecer iguales oportunidades a ambos géneros. Al mismo tiempo, los *narodniki* elaboraron un complejo de ideas y (a través del trabajo de las academias) una praxis política cuyo objetivo era plasmar el “socialismo rural” y superar las discriminaciones patriarcales contra el mundo femenino. Es más, durante muchos años esos aportes de pensamiento fueron presentados en términos mucho más avanzados que las propias modificaciones que entonces se hallaban en curso en Occidente, reflejando una particular sensibilidad por los valores de la cooperación, la solidaridad, la educación pública y la igualdad de oportunidades.

De hecho, en esos aspectos se apoyaba la visión *narodnik* de los derechos universales. Era una visión que tenía concreción en la lucha simultánea contra la autocracia zarista y contra el capitalismo, una y otro considerados manifestaciones de un uso arbitrario del poder en perjuicio de la comunidad rural, a la que se consideraba todavía “inconsciente” de su propia fuerza moral y política, y necesitada en consecuencia de la intervención de intelectuales “concientizadores”⁵. Desde este punto de vista constituye un simple detalle que el sistema comunitario campesino fuera capaz de dar vida a una sociedad anárquica, como soñaba Bakunin, o bien a una forma de estado basada en las autonomías, según propiciaban, por su parte, los *narodniki*. En todo caso, el movimiento *narodnik* en su conjunto concebía a la estructura comunitaria como una forma de organización social sobre la cual era posible edificar un sistema productivo eficiente, respetuoso del ambiente natural circundante y capaz de ponerse de manera equilibrada al servicio de la innovación científica. En esa época la innovación científica era generalmente percibida como el instrumento fundamental para garantizar tanto una equitativa atribución de niveles de vida en la población como una “continuidad identitaria” con un pasado que se consideraba la fuente esencial de la identidad nacional.

Por lo demás, es cierto que en esta concepción no había sitio para una sociedad industrializada. De hecho los *narodniki* deseaban evitarla, por más que percibieran sus ecos y algunos tal vez hubieran acumulado experiencia directa de ella en Occidente, aunque más no fuera corta o superficial. Así es que su apelación a los ideales sociales y políticos modernos quedaba explicitada ante todo en una revaloración de las actividades agrarias y de la cultura campesina (en sí mismas “premodernas”). Era una actitud que respondía a necesidades de realismo político, es decir, a la convicción de que tal era la característica predominante en Rusia, o en el sudeste europeo en el caso de los epígonos balcánicos de los *narodniki*.

A la vez, su sensibilidad respecto del cambio que se estaba verificando los indujo a anticipar la “modernización de las instituciones rurales”, sin negar por ello la colaboración con la clase obrera pero en virtud más bien de una visión ética de la vida, fundada en el respeto por la naturaleza. Al menos en ese aspecto parece cuanto menos parcial la visión —ampliamente difundida en la literatura anglosajona— de que los *narodniki* deben ser considerados un movimiento antimoderno⁶.

Por otra parte, el planteo de los *narodniki* fue rechazado en la época por los eslavófilos, que en todo caso eran los abanderados de una visión tradicional, teocrática y conservadora de la sociedad. El mundo del campo constituía, sí, para ellos un punto de referencia esencial, pero en el marco de una visión política y cultural que se oponía abiertamente a la modernidad por considerarla el vehículo de

cambios capaces de arrancar de cuajo el poder (como en efecto sucedió) de manos de la aristocracia terrateniente y de la autocracia.

Las visiones y estrategias de *narodniki* y eslavófilos frente al proyecto de la modernidad eran entre sí incompatibles, por más que compartieran la común convicción de que la supremacía social debía corresponder al mundo rural. Muy diferente fue, en cambio, el vínculo ideal que se estableció entre *narodnichestvo* y *agrarismo* respecto de las implicaciones que podían extraerse del avance de la modernidad y de la conflictiva relación entre agricultura e industria.

En este caso, contribuyó a marcar las diferencias la decisión de los *narodniki* (que ejercería profunda influencia sobre los espíritus también en los Balcanes) de optar por orientarse directamente a Karl Marx e interpelarlo sobre la validez de las hipótesis institucionales y económico-sociales que ellos sostenían, convencidos de que un moderno comunismo rural era posible. Por el contrario, medio siglo después los movimientos *agraristas* de la Europa Centro-Oriental y balcánica prefirieron adoptar otra línea diferente, no de colaboración sino alternativa, en búsqueda de una “tercera vía” entre capitalismo y bolcheviquismo.

Más allá de sus discrepancias teórico-políticas, *agraristas* y *narodniki* compartieron el objetivo de alcanzar la emancipación humana por medio del otorgamiento de una dignidad política al mundo rural. También compartieron la idea de una ciencia “objetiva”, vinculada a la revalorización del mundo campesino mediante el desarrollo de estudios agrarios y el incremento cualitativo de la producción agrícola, a lo cual contribuyó la aceptación de las tesis de Darwin sobre la selección de las especies, pues su aplicación a la agricultura abría la posibilidad de alcanzar decisivas mejoras en los cultivos.

Muy alejada de los *narodniki* se hallaba la exaltación agrarista de la vida agreste, mitológica en parte y en parte idilíaca y mistificadora, y que tenía como fondo una visión del ambiente natural que concebía a éste como fuente de bienestar y de una vida sana, íntegra y próspera. Tal visión se iría transformando gradualmente en una concepción bucólico-nacionalista de la sociedad.

Por el contrario, la sensibilidad de los *narodniki* ante los rasgos solidarios de la comunidad rural fue recuperada por el movimiento campesino agrarista, que atribuyó una ética universal a la racionalidad cooperativa, si bien dando por descontado que en la realidad de los hechos la adhesión campesina sería limitada y en ciertos casos plena de desconfianza, como consecuencia de los escasos conocimientos, del analfabetismo generalizado y de prejuicios de origen cultural y social. Más aun, precisamente por ser consciente de tales límites, el *agrarismo* hizo de la defensa de los derechos de los campesinos un instrumento formal indispensable para redimensionar la arbitrariedad del poder, el cual aparecía identificado con los centros urbanos, con la actividad de los profesionales liberales y con una industrialización desvinculada de las necesidades del mundo campesino.

Es muy cierto que parte del contenido teórico del *agrarismo* no llegó a identificarse en absoluto con el proyecto de modernidad, en especial por su renuencia a aceptar la urbanización y la industrialización, como no fuera dentro de ciertos límites. Sin embargo, esa experiencia política, tan ambiciosa en el plano internacional y en el local, como tardía desde el punto de vista de la factibilidad (pese a los desesperados —y a su vez extemporáneos— intentos teórico-ideológicos de Mitrany⁷), procuró también ofrecer una respuesta a los desafíos de la modernidad que le permitiera interactuar con ésta. En otras palabras, el *agrarismo* representó una forma político-cultural de adhesión crítica a la modernidad, en la que coexistían tendencias no siempre coherentes con el proceso mismo de modernización; tal es el caso de la sensibilidad manifestada por la identidad nacional (aspecto en sí mismo moderno) pero en clave anti-urbana y anti-industrial (y por consiguiente pre-moderna).

Por otra parte, si se hace excepción del coetáneo bolchevismo y de la industrialización occidental, no existían por entonces en Europa Central y Oriental otros modelos autóctonos capaces de enfrentarse al proyecto del *agrarismo*, como no fueran las vigorosas resistencias políticas que intentaban preservar el poder de la aristocracia

[...] la visión *narodnik* [...] tenía concreción en la lucha simultánea contra la autocracia zarista y contra el capitalismo, una y otro considerados manifestaciones de un uso arbitrario del poder en perjuicio de la comunidad rural, a la que se consideraba todavía “inconsciente” de su propia fuerza moral y política, y necesitada en consecuencia de la intervención de intelectuales “concientizadores”.

latifundista, o las manifestaciones de exaltación nacionalista, racista, homofóbica y antisemita que teñían los movimientos políticos culturalmente orientados a rechazar cualquier forma de fusión o mestizaje con “el otro”, ya fuera guiada por el desarrollo urbano-industrial, por el liberalismo o por el bolchevismo.

Ningún reparo suscita, en cambio, la tesis ampliamente difundida en la literatura internacional, según la cual la experiencia bolchevique y del movimiento comunista de Europa Oriental constituyó una respuesta a los desafíos que provenían de la industrialización occidental, una respuesta mucho más coherente que el *agrarismo* con las lógicas de la modernidad. De igual modo, tampoco resulta difícil identificar en la celebrada emancipación de la clase obrera, y desde la perspectiva teórica de una sociedad sin explotación (en la que el estado se extingue paulatinamente), el objetivo de “emancipación humana” de los comunistas.

A su vez, la organización de la sociedad y los instrumentos utilizados durante la compleja experiencia de las sociedades socialistas eran constantemente legitimados mediante la remisión a una ciencia “objetiva”, identificada en el marxismo-leninismo. La férrea confianza en el carácter científico de éste era acompañada por el énfasis que la cultura y la iconografía de estado ponían en las máquinas, en la innovación técnica, en el racionalismo ateo, en la racionalidad de la creación de grandes empresas, de la planificación territorial y urbanística en la que la construcción de barrios suburbanos siguió modelos apenas diferentes (más que nada, se diría, en la precariedad de los materiales utilizados y de las tecnologías aplicadas) de los que se aplicaron en los años treinta en Estados Unidos mismo, que por ejemplo pueden ser observados en una visita a los suburbios al norte de Manhattan, en Nueva York, o a determinados distritos de Boston⁸.

Por lo demás, los valores de la igualdad (vinculados a una sociedad a la que, una vez que fuera superada la división entre las clases, se imaginaba libre de conflictos) constituyeron el cuerpo principal de una ética universal, que quedaría cabalmente realizada con la anhelada victoria de la revolución en las sociedades capitalistas avanzadas. A su vez la emancipación de la clase obrera –y, más adelante, la de las mujeres–, el acceso a la instrucción, la garantía de una vida digna y bien protegida (en lo relativo al trabajo y a la jubilación, a la vivienda y a la salud) en una sociedad solidaria y libre de despilfarros, en ciertos aspectos austera, constituían los aspectos principales de un cuerpo doctrinario de derechos universales, en el que la idea de democracia no aparecía asociada tanto con la concreción de las libertades fundamentales –que, de todos modos, eran formalmente proclamadas–, sino con el público ofrecimiento de garantías que permitieran hacer respetar los derechos reconocidos en los textos constitucionales, es decir los derechos sociales, los económicos y los de manejo de la producción.

Tal orientación, que no justifica la actitud de subestimación de la democracia política, pero es uno de los elementos que contribuyen a explicar las causas de tal subestimación, se origina en una idea de la libertad (que puede advertirse ya en el *narodnichestvo*) estrictamente condicionada por la combinación de igualitarismo e impulso a la emancipación de las clases inferiores, considerada esencial para superar los desequilibrios sociales y económicos que, en las regiones más atrasadas, eran más profundos y, al mismo tiempo, inaceptables desde el punto de vista moral.

Una ulterior confirmación de que dentro de la experiencia del “socialismo real” eran innatos los contenidos modernistas provino asimismo del papel atribuido a la burocracia en el proceso de crea-

ción y puesta en marcha del estado, y de la insistencia ideológica –por lo demás, incorporada con convicción a la práctica cotidiana– de que los valores vinculados con el trabajo y el crecimiento de la industria tenían carácter prioritario⁹. Y ello a tal punto que, por ejemplo, en relación con el trabajo el art. 18, título II, de la Constitución de la República Soviética de Rusia (RSFSR), postulaba con todas las letras el principio de que “quien no trabaja no come”. Por lo demás, a propósito de estos temas versó ya el primer y vehemente debate entre Bujarin y Preobrazhensky. Y a las mismas cuestiones hicieron continua referencia la política de Stalin a partir del vuelco de 1929 y durante la “guerra contra los campesinos” y las posteriores controversias sobre reformas en la época de la desestalinización.

En resumidas cuentas, en aquellos lugares de Europa Oriental en los que durante el curso de los dos últimos siglos habían sido elaborados proyectos específicos que aspiraban a alcanzar el desarrollo, y se habían ideado modalidades e instrumentos dirigidos a alcanzarlo, la referencia a los principales contenidos de la modernidad ha sido constante, aun cuando más de una vez se emitieran diferentes formas de definiciones anticapitalistas. Por otra parte, esas definiciones anticapitalistas eran recibidas como manifestaciones de la identidad del estado-nación (a menudo, incluso, habían sido presentadas como tales). Ello permitía que ganaran reconocimiento, evitando el riesgo de que se equiparara a las sociedades orientales de Europa con el modelo occidental, y daba pie también a la posibilidad de competir con Occidente, algo que parecía posible en los años a caballo entre los cincuenta y los sesenta.

Dentro de este marco de referencia, a la vez complejo y ambivalente, fueron sucesivamente situándose tanto los impulsos proteccionistas y aislacionistas que brotaban en el campo soviético así como las tímidas teorías de “democracia popular”, desde la experiencia yugoslava de la autogestión a los proyectos de reforma varias veces intentados en Polonia, o la “Primavera de Praga”, o las orientaciones programáticas de Imre Nagy o, mucho más cautamente, de János Kádár. En el sucederse de políticas modernizadoras que aspiraban a entrelazar socialismo e identidad nacional, modelos de desarrollo y singularidades locales, anticapitalismo y diversidades en el campo socialista, también llegaron a verse involucrados países como Albania y Rumanía en los que –sin dejar de remitirse a esas políticas– lo que prevaleció fue la voluntad de defender, en primer lugar, el poder absoluto del líder.

Construcción de la modernidad, entre autarquía e independencia

Vale la pena detenerse en la relación existente entre las aspiraciones a la modernidad y la salvaguarda de las singularidades locales, pues las tensiones culturales que esa relación desencadenó condicionarían intensamente el derrotero histórico-político de las regiones de Europa oriental durante los siglos XIX y XX.

Si, por ejemplo, se piensa en *narodniki* y *agraristas*, podrá verse que unos y otros se preguntaban si el capitalismo podía convertirse en un modo de producción de alcance nacional, y hasta qué punto sería capaz de lograrlo. Unos y otros llegaron también a la conclusión de que dicho objetivo solo sería alcanzable a costa de que el capitalismo ruso o el de Europa Central y Oriental conservaran un carácter meramente periférico. Se convencieron, pues, de que las condiciones de desarrollo del modo capitalista de producción, una vez que se las introdujera desde Occidente, no serían o no podrían

llegar a ser nunca equivalentes a las que se habían desarrollado en el llamado “centro”. Porque, en efecto, y más allá de algunos cambios radicales que ya se estaban produciendo en determinadas áreas, las condiciones de atraso existentes en términos de disponibilidad de capitales, de clases empresariales dispuestas a invertir y arriesgarse, de mano de obra disponible y de instituciones políticas y económicas capaces de sostener empresas de esa índole no permitirían alcanzar resultados equiparables a los que habían sido obtenidos en Occidente —a pesar de que algunos cambios radicales se hubieran producido ya en el ámbito local.

Y precisamente los cambios que se producían parecían estar demasiado aislados en el aspecto cultural y en el geopolítico como para que pudieran, en un lapso razonable, transformarse en cadena de tracción de todo un país. En otras palabras, las zonas productivas que constituían la vanguardia no podían ejercer una influencia generalizada en favor de la adecuación estructural de la economía y de las instituciones de un país entero. De esas consideraciones extrañeron *narodniki* y *agraristas* la convicción de que si se mezclaba lo nuevo con una protección parcial de lo antiguo sería posible hacer que la modernización del agro constituyera una respuesta adecuada a los desafíos de la industrialización¹⁰.

Los eslavófilos, por el contrario, sostuvieron que la ya iniciada alteración de los tradicionales equilibrios entre ciudad y campo, y entre agricultura e industria debía ser frenada lo más pronto posible, adoptando para ello un modelo social alternativo de la modernización, capaz de salvaguardar la identidad rural característica del Imperio ruso, tradicionalista-patriarcal y autocrática, aunque eso implicara acentuar el aislamiento social y cultural del país. Por cierto, una argumentación no demasiado diferente al fin y al cabo de la que se encuentra en el *Discurso a la nación alemana*, de Fichte¹¹.

Para los bolcheviques, en cambio, la opción anticapitalista siguió estando ideológicamente anclada en la modernidad, por lo que la búsqueda de un modelo alternativo de desarrollo se ubicó dentro de ese marco de referencia. Vincular a la modernidad con la identidad soviética entonces en construcción llegó a ser muy pronto una necesidad apremiante.

Por otra parte, la Rusia soviética quedó internacionalmente aislada al término de la guerra civil, a pesar de los esfuerzos de Lenin, con la puesta en marcha de la Nueva Política Económica¹² y la decisión de concurrir a la conferencia de Génova, de iniciar una apertura al empresariado occidental. Ello planteaba la necesidad inevitable de hacer frente desde lo interno al problema de la obtención de recursos para desarrollar la industria.

Toda la controversia que siguió entre la Krestintern¹³ y la Internacional Verde¹⁴, entre Bujarin y Preobrazhenski, reflejó las vacilaciones del bolchevismo entre la “política de alianzas” y su misión industrial-revolucionaria. La trayectoria misma de Radió¹⁵ es emblemática de hasta qué punto habían llegado a mezclarse las pulsiones identitarias croatas con las perspectivas del “estado rural” y las tendencias revolucionarias presentes en ciertas regiones de la Europa Central y Oriental, entrecruzándose con las esperanzas y hasta con las ilusiones bolcheviques.

Mientras tanto, del lado soviético habían venido cristalizándose dos tendencias contrapuestas. Por un lado, hubo una clara búsqueda de una relación estrecha con el campo, a través de la asunción de ideas y estrategias en más de un aspecto cercanas al *agrarismo* de la Europa Central y Oriental¹⁶. Por otro lado, el hecho de apelar a las leyes “del valor” y de la “acumulación originaria socialista” dejaba entrever la construcción de una “vía soviética a la industrialización”. En ella se confiaría al estado la doble función de recaudador de los recursos necesarios y de inversor, mientras el uso diferenciado de los bienes disponibles y la imposición de una relación no equilibrada entre los precios agrícolas y los industriales iba transformando a las áreas rurales en una especie de “colonias interiores”, o sea, en víctimas predestinadas en el camino de la realización de los principios de modernidad elaborados por el comunismo.

Por otra parte, no debe sorprender la confianza depositada en

la eficacia del estado. No fue una característica cultural exclusiva de los bolcheviques. También el *agrarismo*, sobre todo en Bulgaria, Croacia y Checoslovaquia, adjudicó a la administración pública esa clase de tareas, que debían cumplirse a través de la recaudación fiscal, con el fin de orientar al menos una parte de la inversión a la electrificación y a los servicios de apoyo a la agricultura, y a la vez librar al campo del peso de la usura que, sobre todo en los Balcanes, estaba convirtiendo el endeudamiento de sus habitantes en una verdadera emergencia social, con lo que se obstaculizaba en notable grado la actualización de las técnicas de cultivo y la modernización de herramientas y máquinas. Por lo demás, pronto se produjo al otro lado del océano el derrumbe de Wall Street, que marcó el fin del liberalismo económico. Con el *New Deal* los mismos Estados Unidos, a instancias de Keynes, empeñaron a su administración en una intervención activa en la economía.

Pero lo que hizo realmente singular al modelo soviético fue la interpretación “omnipotente” de la función del estado por Stalin, y la manera terminante en que la puso en práctica después del giro político de 1929, combinando centralización, nuevas jerarquías patriarcales, formas de control invasivas y apelación a la violencia.

En esa coyuntura, autarquía y aislamiento se hicieron particularmente intensos. Pero aquellos no eran años en los que la aplicación de esas políticas produjera inevitablemente atraso. Por el contrario, y como lo sugerían numerosas teorías surgidas en el siglo XIX, en la etapa de inversiones y de crecimiento de la industria nacional el proteccionismo podía constituir todavía un presupuesto esencial de la consolidación de la producción antes de salir a competir en los mercados internacionales, siempre y cuando el estado tuviera un “tamaño mínimo”¹⁷. Y la URSS de Stalin, pese a la violencia ejercida, se benefició de una situación en muchos aspectos semejante, en la que el aislamiento vino a cumplir la misma función que el proteccionismo capitalista, mientras la acumulación en perjuicio del campo permitía invertir en la industria estatal, aunque desordenadamente y a costa de mil despilfarros. Al mismo tiempo, tal como ya había sucedido en otras regiones de Europa, el crecimiento económico en condiciones de autarquía coincidió con el resurgimiento del nacionalismo (y lo favoreció).

Al concluir la Segunda Guerra Mundial, y gracias sobre todo al triunfo militar, ese modelo pareció a ojos de los comunistas europeos el más eficaz para dar curso a una solución de “modernidad anticapitalista” en la cual desarrollar industrialización, urbanización, escolarización masiva y estado social, dentro de un clima de racionalismo ateo. Además, tal modelo parecía ser algo así como una garantía de éxito, capaz de imponer una diferenciación neta con el pasado agrario (ampliamente considerado premoderno por la militancia comunista) y de sentar las bases para la construcción del socialismo.

Al mismo tiempo, ya al comienzo de la posguerra, la importancia de lo identitario sugería considerar críticamente aquel modelo. Se bosquejaron hipótesis alternativas o intermedias, muy presentes en las primeras reflexiones respecto de la democracia popular pero que pronto fueron barridas por los vientos de la Guerra Fría y de la estalinización de la Europa oriental. Sin embargo, luego de la muerte de Stalin la cuestión volvió a ser planteada a propósito de las “vías nacionales al socialismo”. En un panorama internacional que se había vuelto mucho más flexible se inició entonces una nueva etapa, orientada a romper los estereotipos del pasado y a detectar políticas que permitieran anclar el *welfare* socialista —basado en la asistencia social, el pleno empleo y el igualitarismo— en un sistema económico eficiente, capaz de favorecer la flexibilización de la producción y la innovación, el incremento del consumo y la autonomía de las empresas, y de brindar también eficaz estímulo a la agricultura, de modo de aprovechar la gran oportunidad que ofrecían el proceso de descolonización y los nuevos mercados que se estaban formando.

La Yugoslavia de la autogestión y la no alineación fue en la época el país más avanzado en cuanto a radicalidad de las reformas y la apertura internacional al comercio. Combinando con audacia la dictadura del proletariado con una permeabilidad incluso política y

[...] el agrarismo representó una forma político-cultural de adhesión crítica a la modernidad, en la que coexistían tendencias no siempre coherentes con el proceso mismo de modernización; tal es el caso de la sensibilidad manifestada por la identidad nacional (aspecto en sí mismo moderno) pero en clave anti-urbana y anti-industrial (y por consiguiente pre-moderna).

cultural a los estímulos provenientes de diferentes partes del mundo el país pasó a constituir, por el mero hecho de su existencia, un punto de referencia esencial para los ajustes estructurales que estaban en proceso de maduración dentro del campo socialista.

La discusión fue ardua y dio origen a numerosas reformas, cuyos variados resultados se vieron de todos modos condicionados por los procesos de apertura internacional que llevaron al espacio socialista europeo entero a una gradual interdependencia en materia financiera, ambiental y técnico-cultural, tanto con el “tercer mundo” como con el mismo Occidente. En determinado momento el brezhnevismo intuyó el peligro de las potenciales repercusiones de esa situación y, coherente con su conservadurismo ideológico, ya durante su etapa de decadencia intentó detener el proceso. En tanto, la dirigencia yugoslava se mostraba insegura del futuro que le esperaba, apremiada entre la crisis económica, la desaparición de Tito y los temores que despertó la invasión soviética de Afganistán (1979).

A mediados de los años ochenta, la estrecha relación entre la identidad (soviética o “socialista popular”) del estado y el modelo de desarrollo impulsado por el comunismo se había debilitado mucho. Habría que buscar la principal causa de esto en la acción concurrente de la creciente ineficacia del sistema productivo (sobre todo frente a la difusión en Occidente de la tecnología avanzada) y la gradual pero intensa penetración del mundo exterior en las sociedades socialistas de Europa, en las que subsistía aun –aunque petrificada por la ideología– una firme predisposición cultural positiva hacia el Occidente industrializado.

Ciertamente, ya no se vivía en los años treinta ni en los cincuenta: ahora, aislamiento y proteccionismo eran generadores de atraso, mientras que el desarrollo social, económico y cultural imponía hacer frente a la incipiente globalización. El proteccionismo socialista, propagado culturalmente a través de ideas europeas occidentales surgidas en el siglo XIX y de una praxis política muy utilizada en Gran Bretaña y Alemania (al menos mientras la industria nacional de esos países debía todavía luchar por competir con éxito en el campo internacional), fue causado en gran medida por la política anglo-francesa del cordón sanitario y por el triunfo de su contrapartida, la política bolchevique de la “fortaleza sitiada”¹⁸.

Después de la Segunda Guerra Mundial, esa actitud se vio prolongada en la bipolaridad de la Guerra Fría y en la estructuración del campo soviético, expresamente deseada por Stalin en continuidad con la lógica del “socialismo en un solo país”, por él mismo promovida en diciembre de 1924.

Por lo demás, es cierto que esa orientación pudo ganarse el consentimiento activo de una parte importante de la población, en la que a lo largo del tiempo había arraigado una cultura política de índole tradicional, heredada del campo y de las comunidades aldeanas autosuficientes, y derivada también de comportamientos que estaban muy difundidos, incluso antes del siglo XVIII, entre los nobles de Europa Oriental.

Pero también es cierto que el aislamiento soviético fue adoptado en gran medida por la propia postura ideológica sustentada por el bolchevismo. En efecto, su objetivo originario de promover la revolución mundial a través del Comintern, aun después de fracasados todos los movimientos revolucionarios europeos de la primera posguerra, había contribuido no poco a reforzar el “miedo al comunis-

mo”, e inducido a los demás países a reaccionar.¹⁹

La cultura “internacionalista revolucionaria” subsistió aun después de 1945, por más que en la realidad hubiera sido ya abandonada por Stalin. Su política exterior había refluído a objetivos más tradicionales de preservación del poder territorial y de conservación de los equilibrios, como lo demuestran su comportamiento, desde el tratado de no agresión suscripto con Joachim von Ribbentrop en 1939 hasta los “acuerdos de repartición” celebrados en Moscú con Winston Churchill en 1944. A estos últimos el dictador georgiano permaneció fiel hasta el día de su muerte.

Pero el cambio de rumbo de Stalin no fue compartido ni comprendido por otros líderes comunistas de gran prestigio internacional, que siguieron siendo “cominternistas” a su manera: Mao, Fidel Castro, el Che Guevara y Ho Chi Minh²⁰.

En conclusión, la expectativa de una victoria definitiva de la revolución socialista, o del ideal socialista, pervivió en el esquema teórico comunista, si bien bajo otras formas, identificables en la idea de la “expansión del socialismo”, y en la misma noción kruscheviana de “competencia con Occidente”. De ahí que, en tanto el comunismo aprovechaba nuevas oportunidades de difusión en Extremo Oriente, América Central y el África Subsahariana, su ideología (aunque petrificada) sostuvo con firmeza la esperanza de un cambio social radical en el Oeste, lo cual en realidad venía a reforzar –sobre todo en la Europa Central y Oriental así como también en Rusia– el sentido de pertenencia al Viejo Continente. Mientras tanto, Occidente permaneció militar y psicológicamente preso de la “amenaza comunista” y aplicó los más variados medios para impedir ese “contagio”.

Todo ello contribuyó a mantener en pie las lógicas de oposición frontal de la Guerra Fría, y a sostener durante décadas en los países socialistas una cultura y una práctica político-económica de tipo aislacionista, incapaz de sacar ventajas de su encuentro con las transformaciones técnicas y tecnológicas internacionales a las que de todos modos se aspiraba.

En tanto, la brecha respecto a Occidente se había agudizado, al extremo de presagiar para el espacio socialista europeo la condición de “periferia”, dependiente una vez más de la penetración de las ideas, los capitales y las innovaciones del “centro”. Dicho espacio había quedado excluido de tal centro, pese a haber alentado la esperanza y la convicción de poder demostrar que su propio modelo de desarrollo era realmente eficaz, y en perspectiva también competitivo y capaz de preservar un nivel aceptable de diferenciación identitaria. Llegó a tener incluso la posibilidad de demostrar tal eficacia, sobre todo en la etapa de madurez del socialismo, cuando los impulsos reformadores, en consonancia con los éxitos alcanzados en la “carrera espacial”, habían logrado ya afirmarse.

En cambio, en el momento mismo en que el libre mercado se afirmaba en Occidente, el denominado “estancamiento brezhneviano” desembocaba en una situación en que la reformulación ideológica de la autarquía socialista venía a coincidir con un proceso contradictorio pero constante de penetración del mundo exterior en las economías socialistas, a través de mecanismos no muy diferentes de los transitados en su momento por *narodniki* y *agraristas* al advertir (claro que en muy diverso contexto) en la confluencia de desarrollo y atraso la existencia de un problema grave sin resolver.

De modo que la creciente obsolescencia del modelo de desa-

[...] en un marco de continua transformación, el ejercicio de la “política” en el espacio europeo oriental debió enfrentarse fundamentalmente con la exigencia de asegurar eficiencia productiva y, a la vez, solidaridad social e igualitarismo; apoyándose en valores heredados más de la cultura rural premoderna (reformulados luego ideológicamente por el comunismo en la modernidad) que de la democracia.

rollo socialista y su inadecuación a los requerimientos de la época pudieron ser apreciados entonces, en una etapa marcada por una contradicción similar, en una sociedad que entretanto se había vuelto mucho más compleja, rica en inquietudes y socialmente más flexible que la de los años previos a la Segunda Guerra Mundial.

Mientras tanto, en los países del bloque que habían experimentado, en distintas medidas, relaciones autónomas con Occidente, con el tercer mundo o con China, o que habían debido tomar en cuenta la existencia de un mundo tendencialmente cada vez más polifónico, la subsistencia de la autarquía ideológica y económica discordaba cada vez más con las aspiraciones al desarrollo.

En el marco de esas dinámicas potencialmente explosivas, la decisión gorbachoviana de aceptar el desafío de la interdependencia significó abandonar el proteccionismo autárquico soviético y, por consiguiente, superar una cultura socialista que en su política económica era de carácter decimonónico, reflejada por igual en todo el bloque socialista. En buena medida, todos los países que integraban ese campo, y en especial Polonia y Hungría, estaban mejor preparados que la propia URSS a actuar en un marco de interdependencia. Las políticas económicas de las dos décadas anteriores habían apostado en gran medida a eso, aunque después de 1969 hubiera habido que posponer para tiempos mejores la adopción de reformas radicales.

Mientras tanto Yugoslavia —aquel viejo álter ego soviético— se enfrentaba a problemas similares, acorralada por una pesada deuda externa, por la reformulación de anteriores aperturas que en parte habían quedado frenadas y por la búsqueda, incierta y muy discutida, por el alto costo social que implicarían, de reformas mucho más osadas. En particular, el gobierno de Belgrado se vio atrapado en una red de actitudes inflexibles, que por un lado provenían de la voluntad de salvaguardar un estado social costoso y no siempre (ni en todas partes) eficiente, y por otro de una gobernanza federal lenta y farragosa.

En tales condiciones, la ausencia de un sistema institucional dinámico y maleable, que contara con ámbitos públicos adecuados para la mediación política, en tiempos que hacían imprescindible acentuar la ductilidad y la elasticidad, llevó al colapso de toda la experiencia socialista europea. En otras palabras, la voluntad demostrada por Gorbachov y por algunos otros líderes del comunismo de Europa Oriental por efectuar cambios, incluso radicales, que pudieran dar flexibilidad a las instituciones existentes llegó claramente con retraso respecto al impacto combinado provocado por: a) la profundidad de las transformaciones que habían experimentado todas las sociedades socialistas; b) los intereses conservadores de un aparato administrativo que no estaba dispuesto a perder el poder obtenido dentro de las instituciones del “socialismo real”; y c) la grave obsolescencia técnica y científica de estructuras y aparatos, en momentos en los que se debía empezar a hacer frente a la globalización.

Además, aunque en general los países de Europa Oriental habían adoptado el sufragio universal antes de que lo hicieran los países occidentales, la democratización de la sociedad había seguido sufriendo fuertes limitaciones, sobre todo en perjuicio de las libertades individuales, y a causa de la ausencia fáctica del estado de derecho. En tal marco, el centralismo administrativo, lejos de convertirse en un factor de eficiencia en el acceso a los servicios y en garantía de los derechos del ciudadano, había pasado a ser una modalidad buro-

crático-despótica de gestión del poder, si es que no era considerado una mera forma de opresión de las minorías.

En la población, el creciente descontento se derivaba de considerar insatisfactorias (con variantes según cada época y contexto) las premisas, sus reales posibilidades y los logros obtenidos por los distintos modelos. Tal descontento encontró de qué alimentarse en los mitos sobre la exclusión de esas sociedades de los procesos de desarrollo que tenían curso en Europa Occidental. Algunos de esos mitos eran transmitidos junto a los recuerdos históricos de estrepitosas derrotas sufridas en época moderna. Basta pensar en el triángulo polaco-bohemio-húngaro y en los mitos de su repartición: el de la Montaña Blanca, el del Trianon, el de Múnich. Otros mentaban el plurisecular oscurantismo otomano, concepto que la reciente historiografía internacional ha cuestionado en más de un aspecto con eficaces argumentos. Otros hablaban de un supuesto “abandono” occidental de regiones europeas —polacas y griegas, principalmente—, dejadas a merced de imperios a los que se consideraba “asiáticos”, entendiéndose por lo general como tales a Rusia y Turquía. Otros veían una actitud occidental que en lo cultural y político era esencialmente de ambigüedad y rechazo del “europeísmo” ruso.

Con esas convicciones habían venido a entrelazarse también, a lo largo del tiempo, las de todos aquellos que atribuían a Occidente, al cosmopolitismo y al internacionalismo la pérdida de las singularidades nacionales. Sucesivamente se había acusado a Occidente de exportar a Europa Oriental no solamente la revolución industrial sino también el comunismo, el judaísmo y la masonería, y de facilitar contaminaciones y mestizajes que habían “desfigurado” y privado de sus “tradiciones” y “pureza” a cada país.

En conclusión, la desilusión debida a los conocidos límites de la modernización europea oriental ha consolidado sentimientos contrapuestos de pertenencia a Europa, de exclusión del bienestar occidental pero, a la vez, de rechazo de aquellos esquemas de desarrollo considerados “importados” y ajustados a modelos dominantes.

Moderno y posmoderno: el ejercicio de la política en la Europa Oriental de la globalización

En un marco de continua transformación, el ejercicio de la “política” en el espacio europeo oriental debió enfrentarse fundamentalmente con la exigencia de asegurar eficiencia productiva y, a la vez, solidaridad social e igualitarismo; apoyándose en valores heredados más de la cultura rural premoderna (reformulados luego ideológicamente por el comunismo en la modernidad) que de la democracia²¹.

Pero también la política se debatía entre el estímulo (a veces limitado, otras veces más decidido) a la iniciativa individual y a la defensa de las prerrogativas del poder central *contra* las autonomías, con la única excepción de la Yugoslavia de Tito después de 1965. Ello sucedía tanto por razones que acaso derivaran de la necesidad de afirmar/consolidar el estado-nación como a consecuencia de la resistencia opuesta por los aparatos administrativos. En el caso específico ruso jugaba también la necesidad de asegurarse el control de un territorio inmenso y poco poblado que se extiende a lo largo de once husos horarios y en el que todavía hoy el centralismo es perci-

bido, tanto por dichos aparatos como por buena parte de la opinión pública, como un instrumento esencial de seguridad²².

La fecundidad de estas temáticas y su constante replanteo a lo largo del tiempo explica por qué las tendencias políticas en Europa Oriental siguieron trayectorias sustancialmente diferentes de las recorridas en su momento por las familias políticas occidentales, por más que los nombres de los partidos hubieran sido en cierta instancia copiados por éstas. En efecto, por un lado, la antinomia desarrollo/atraso dio origen a algunos movimientos originales como el *narodnichestvo*, el *agrarismo* (con la excepción danesa entre las dos guerras) y el variopinto mundo de la disidencia anticomunista.

Por otro lado, más allá de las coincidencias de nombres que puedan haberse producido (como en el caso de los partidos nacionales o populares, el de los socialistas/socialdemócratas y los comunistas, el de los partidos fascistas y, en parte, el de los liberales), el principal elemento de diferenciación dentro de un país dado radicaba en la controversia social acerca de las etapas del desarrollo, a tal extremo que el tema pasó a ser trans-partidario. Vale decir que, más allá de que los partidos se remitieran siempre, en busca de inspiración, a las familias de partidos de Europa Occidental, es esa controversia la que representó el verdadero aspecto diferenciador, capaz de cruzar transversalmente grupos y movimientos, mezclando en forma desordenada orientaciones y lealtades políticas, y revelándose también capaz de ir más allá del parecido meramente formal con las principales ideologías de origen occidental, con lo que muy frecuentemente se terminaba por volver a proponer o elaborar (o una y otra cosa) visiones teórico-políticas originales e inéditas.

Así, en las organizaciones políticas de Europa oriental, la transversalidad de las orientaciones adoptadas en cuanto a las formas en que debía realizarse la modernidad llevó a redimensionar las distinciones ideológico-religiosas y de clase que, en cambio, tan características habían sido de la experiencia de los partidos de Europa Occidental.

En consecuencia, los orígenes sociales de la práctica política en la región que nos interesa contribuyeron no solo a forjar sus conductas en los siglos siguientes sino además (y paradójicamente) a debilitar los vínculos entre los partidos y las clases sociales a las que esos partidos representaban. Así, el *narodnichestvo* dejó su destino en manos de los intelectuales “concientizadores”²³; los partidos campesinos no lograron colmar jamás las diferencias sociales que existían en el ámbito rural, y entre los mismos comunistas la función de la clase obrera sufrió con el tiempo una mutación y un drástico redimensionamiento. Se dio aliento a una cultura de la “mutabilidad”, que hizo que la política apareciera inestable y mutable. Alguna vez, incluso, esa cultura estuvo signada por la ausencia de escrúpulos para establecer alianzas osadas, aunque, de todos modos, temporarias. Ello contribuyó a relativizar, si no a invertir, hasta el mismo significado parlamentario, generalizado en Occidente, de “derecha” e “izquierda”.

En resumidas cuentas, la transversalidad de la praxis política en Europa Oriental terminó por dar vida a una multiformidad política, a una indeterminación o mutabilidad de los vínculos de lealtad y a una especial sensibilidad por las diferencias sociales, culturales y étnicas. Esto llega al extremo de que se tropieza con rasgos típicos de la posmodernidad en un contexto en el que todavía no ha podido afianzarse el proceso, típicamente moderno, de construcción del estado-nación, mientras siguen vivas las tentaciones autárquico-proteccionistas y las culturas políticas de origen premoderno²⁴.

En conjunto, todo lo indicado contribuyó a determinar un ma-

lestar cultural generalizado que terminó por verse reflejado en la complejidad del encuentro de las sociedades de Europa Oriental con la modernidad. Por un lado, y sobre todo hasta comienzos los años cincuenta, el proceso de edificación del estado tuvo que vérselas con las controvertidas relaciones ciudad-campo e industria-agricultura. Más tarde, debió centrarse en las formas de modernización que cabía adoptar, que tanto podían inspirarse en la premisa de la “vía nacional al socialismo” como en los modelos que constituían las sucesivas experiencias de los Estados Unidos, la Unión Soviética, Yugoslavia, China. Por fin, con el colapso del sistema socialista europeo y el avance de la globalización, todos los países del ex “socialismo real” debieron afrontar el problema de su inserción plena en el sistema económico internacional, que por su parte constituía una amenaza directa a la tríada “estado-nación, estado social, democracia nacional” en que estaba basada la modernidad.

Por otro lado, la necesidad de enfrentar los cambios desencadenados por la incorporación al sistema económico internacional favoreció el resurgimiento de ciertas tendencias autárquico-proteccionistas. Consideradas compatibles con el estado-nación, sus defensores convencidos podían ser hallados —una vez más, transversalmente— en un amplio espectro de corrientes político-culturales que en otros sentidos eran muy distantes entre sí. Basta pensar, por ejemplo, en los movimientos nacionalistas, xenófobos y fascistas, cuya preocupación era salvaguardar la unicidad identitaria de la nación; o en los herederos del comunismo, decididos a proteger lo más que se pudiera del estado social; o en los Verdes, proclives a identificar en el estado-nación un baluarte de la protección ambiental, que podía esgrimirse contra la devastación de los recursos naturales provocada por incontrolables y salvajes mercados internacionales.

Así las cosas, un nuevo estado de tensión hizo aparición en la Europa Oriental a fines del siglo XX. Las chispas brotaron ante todo entre el atractivo que ejercía la modernidad y la presencia simultánea de determinados comportamientos posmodernos; entre la afirmación de la diversidad (étnica, religiosa, cultural) y la estabilidad uniformante y homogeneizadora del estado-nación; entre la preservación de las peculiaridades locales y la inclusión en el modelo de desarrollo euro-atlántico (erróneamente percibido en el Este como un sistema único, a pesar de las profundas diferencias existentes entre las estructuras anglo-estadounidenses y las del sistema continental europeo); entre la reivindicación de “soberanía plena” de los estados y la necesidad de insertarse en una globalidad capaz de volver ficticia la constitución de espacios cerrados.

Nuevas situaciones de incertidumbre vinieron así a insinuarse en el horizonte, en un proceso histórico continuo de conflicto entre atraso y desarrollo, entre esperanzas de cambio y condiciones dadas, entre autarquía y apertura al mundo exterior, entre reivindicaciones de europeísmo y sensación de exclusión, entre modernidad y posmodernidad²⁵. En esa permanencia de una dinámica relacional compleja, en la que de forma transversal confluían (y aún siguen confluendo) actitudes, valores y políticas caracterizados por una mezcla de atracción y rechazo, nos queda por observar en qué medida han revelado ser estrechas en Europa Oriental las relaciones entre modernidad y occidentalización.

En sí, tal resultado parecía inevitable por la existencia conjunta de dos elementos esenciales. Por un lado, la angustia de quedar atrapados en el “orientalismo”, que ha ejercido una influencia cultural decisiva sobre el imaginario europeo oriental. Por otro, esa obsesión ha sido alimentada por el propio esquema ideológico bolchevique, de origen leninista, según el cual el desarrollo del so-

[...] en las organizaciones políticas de Europa Oriental, la transversalidad de las orientaciones adoptadas en cuanto a las formas en que debía realizarse la modernidad llevó a redimensionar las distinciones ideológico-religiosas y de clase.

cialismo seguía dependiendo en cualquier caso de la superación del capitalismo en Occidente: una convicción que estaba todavía muy presente en todo el aparato de partido soviético en tiempos de Brezhnev y Suslov.

Por lo demás, la noción de “orientalismo” –dejando aparte la elaboración desarrollada por Edward Said en época reciente²⁶– estaba notoriamente arraigada en el pensamiento de Marx, y es fácil detectarla en una visión “euro-céntrica” (que más bien habría que denominar “euro-occidental-céntrica”) de la realidad mundial, ampliamente difundida, precisamente, en el siglo XIX, y que sería retomada después por Max Weber.

Sin entrar ahora en los detalles de una controversia tan rica y compleja, cuyos orígenes se remontan al siglo XVIII y que se vincula con diferentes vetas político-culturales, bastará recordar aquí que Karl Marx manifestó en muchas ocasiones su actitud crítica respecto de Asia y, en particular, de China, tanto en el *Manifiesto del partido comunista*²⁷ como en el propio *El Capital*²⁸, en el que dedicó algunos pasajes críticos fundamentales al “modo de producción asiático”. Así también, por otra parte, el propio Marx planteó buen número de dudas sobre el futuro de Rusia, país al que consideraba, tras la derrota de Napoleón, como el bastión de la reacción en Europa y la columna vertebral de la Santa Alianza. Por consiguiente, y teniendo en cuenta el peso político que el pensamiento marxista tuvo en Europa Oriental durante todo el siglo XX, se hace más fácil entender en qué medida esa filosofía y su representación ideológica constituyeron un poderoso vehículo teórico y cultural, gracias al cual se difundió una visión positiva del futuro de la civilización, en relación con los desarrollos esperados precisamente en Occidente.

Por todos estos motivos, tan cargados de simbolismo, el 4 de junio de 1989 aparece como un momento emblemático en el proceso de identificación de un destino común en el Viejo Continente. De manera opuesta, la construcción de los mitos occidentales, desde el del *laissez-faire* británico al de la superioridad de la raza blanca, desde el del Occidente “cristiano, progresista y desarrollado” al de la misión civilizadora de un estado racional y “minimalista”, tan en boga en el siglo XIX, contribuyó en grado decisivo a establecer una dicotomía imaginaria entre las virtudes occidentales y las limitaciones orientales, en la que el “otro sí mismo” del Oeste era identificado con un Este de límites extremadamente lábiles y por consiguiente capaz de incorporarse (según cada diferente punto de vista) buena parte de la propia Europa²⁹.

Semejante antítesis, de evidente inspiración patriarcal, muestra un Occidente caracterizado como la identidad “fuerte” atribuible al género masculino, y un Oriente presentado como fragilidad femenina. En la visión de su propia superioridad, cultivada por el mismo Occidente, las experiencias de los europeos orientales han sido relegadas con frecuencia a representaciones estereotipadas, exóticas o denigratorias. En respuesta a ello se desarrolló en Europa Oriental una verdadera fobia hacia el orientalismo, motivada en el impulso de reafirmar la plena pertenencia a un proyecto de modernidad que los mitos occidentalistas y la herencia marxista habían atribuido como cosa indiscutible al espacio euroatlántico; y ello, a pesar de que Europa oriental había sabido formular modelos de desarrollo de inspiración igualmente moderna, en cuyo contexto pudieron encontrar espacio tendencias anticapitalistas y de preservación de la propia identidad.

Mirando bien, muchos de los defectos que se atribuyen a la noción de “Este” son imposibles de hallar en las culturas y las experiencias europeo-orientales. Cabe pensar, por ejemplo, en la imagen de pasividad, dependencia e inmovilismo atribuida justamente a esa categoría del “orientalismo”. ¿Cuándo, en qué momento desde el siglo XIX hasta nuestros días, se registraron situaciones de ese tipo en Rusia, en la Europa Centro-Oriental o en los Balcanes? Basta echar un vistazo a la cronología de las polémicas y al gran soplo reformador de los últimos dos siglos para comprobar que en todo caso la verdad ha sido la opuesta. En efecto, todo el espacio europeo oriental ha generado continuamente proyectos y cambios, reformas y nuevos sistemas

políticos, volcados a internarse por un camino propio de construcción de la modernidad y que han determinado la evolución de la historia y la construcción de la política de esta región, anticipando incluso en más de un aspecto temas, problemas e inquietudes que solo después se abrirían paso en las sociedades occidentales³⁰.

Y por otra parte, el imaginario occidental de racionalidad, cientificidad, disciplina, orden, independencia y funcionalidad, libertad y tolerancia, basado en la “civilización cristiana”, ¿no choca contra una herencia histórica y cultural en la que han tenido lugar la Inquisición, la caza de brujas, el genocidio de los pueblos americanos, el antisemitismo, el nazismo y la *shoah*, la imposición de dogmas religiosos a otras culturas, el esclavismo llevado al extremo de situar a los Estados Unidos entre los últimos países que garantizaron por ley (en 1965, con la *Voting Rights Act*) el sufragio universal, seguidos solo por Portugal en 1970 y por Suiza en 1971?

Ciertamente las percepciones son un factor que se distingue de la realidad y no tienen por qué ser confundidas con ella. Pero es indudable también que las percepciones pueden condicionar los hechos, hasta llegar al extremo de alterarlos.

Notas

¹ Este artículo es una traducción reelaborada de las conclusiones del libro del autor, *Le sfide della modernità. Idee, politiche e percorsi dell'Europa Orientale nel XIX e XX secolo*, Rubbettino, Soveria Mannelli, 2009.

² Larry Wolff, *Inventing Eastern Europe: The Map of Civilization on the Mind of the Enlightenment*, Stanford CA, Stanford University Press, 1994.

³ China, en cambio, ha tendido a diferenciarse precisamente en este aspecto, planteándose a sí misma y planteando a los demás en los años noventa una alternativa, aparte de la búsqueda del éxito económico: la de la reafirmación de “valores asiáticos” tales como el respeto por la autoridad y la prioridad de la familia y de la comunidad social por sobre los derechos individuales. Todo ello la aparta en gran medida del sistema de valores laico, racionalista y democrático de la Europa moderna. Ver Amartya Sen, “Human Rights and Asian Values: What Lee Kuan Yew and Le Peng don't understand about Asia”, en *The New Republic*, n. 2-3, 1997; y Xiaorong Li “‘Asian Values’ and the Universality of Human Rights”, en *Report form the Institute for Philosophy and Public Policy*, vol. 16, n. 2, primavera de 1996.

⁴ Jürgen Habermas, “Modernity: an Incomplete Project”, en Hal Forster (comp.), *The Anti-Aesthetic: Essays on Postmodern Culture*, Port Townsend, Bay Press, 1983.

⁵ Nota del traductor (N.T): En el original italiano, “*risvegliatori*” (“... que despiertan”, en sentido real o figurado).

⁶ Boris B. Gorshkov, “Debating ‘Backwardness’ in Russian History”, en *AAASS Newsnet*, vol. 47, n. 2, 2007, p. 3.

⁷ David Mitrany (1888-1975) fue un intelectual rumano (que obtuvo luego la ciudadanía británica), quien en el curso de la Segunda Guerra Mundial elaboró, entre otras cosas, las primeras teorías funcionalistas que buscaban asegurar la paz a nivel mundial a través de una red de agencias internacionales. También fue responsable de uno de los pocos y sólidos estudios sobre los movimientos campesinos en Europa Oriental (titulado *Marx against the peasants*). El mismo, sin embargo, como sugiere el título, aspiraba a convertirse también en una referencia teórico-ideológica de un movimiento que él representaba, aunque tardíamente y de manera un tanto idealista, para una alternativa plausible al comunismo después de la segunda posguerra.

⁸ Respecto de la formación y el desarrollo de las políticas territoriales soviéticas, ver el análisis crítico de Glauco D'Agostino, *Governo del territorio in Unione Sovietica. Politiche territoriali e sviluppo regionale 1917-1991*, Roma, Gangemi, 1993, en especial pp. 46-63; también Richard Cartwright Austin, *Building Utopia. Erecting Russia's First Modern City, 1930*, Kent, Kent State University Press,

2004; y Alan M. Ball, *Imagining America. Influence and Images in Twentieth-Century Russia*, Lanham, Rowman & Littlefield, 2003.

⁹ Michel Mouskhély (coord.), *L'URSS. Diritto, economia, sociologia, politica, cultura*, Milano, Il Saggiatore, 1965, vol. II, p. 792.

¹⁰ Alexander Gerschenkron, *Atraso económico e industrialización*, Barcelona, Ariel, 1968.

¹¹ Johann Gottlieb Fichte, *Discursos a la nación alemana*, Buenos Aires, Pleamar, 1964, en especial los capítulos VI, VIII y XII.

¹² La Nueva Política Económica fue el conjunto de reformas económicas adoptadas por Lenin en 1921 con las cuales se relajó el régimen de requisición forzada que estaba en vigor en el país desde 1917. Esta política implementó medidas de liberalización y privatización en la agricultura, en el artesanado y en la industria. Fue abandonada en 1928 a favor de una economía socialista planificada.

¹³ Acrónimo de *Krest'janskij Internacional*. Fue constituida en Moscú en octubre de 1923, luego del golpe de estado que había decapitado al movimiento campesino en Bulgaria. El objetivo de esta internacional “roja y verde” fue el de favorecer una alianza entre campesinos e industriales (bajo la hegemonía comunista), sobre todo en algunos países de Europa Central, en particular, Yugoslavia, Rumania y Polonia. Coherente con los principios de la Nueva Política Económica puesta en marcha al finalizar la guerra civil, la acción del Krestintern fue especialmente promovida por Buharin, pero luego fue abandonada por Stalin hacia finales del decenio.

¹⁴ La “Internacional verde” –o “Internacional agraria”–, con sede en Praga, fue constituida bajo el impulso del líder campesino búlgaro Aleksandar Stamboliyski, en 1922. Estuvo orientada a favorecer un camino hacia la modernización basada en la dependencia de la producción industrial del agro y sobre una cultura pacifista. Sufrió un duro golpe el año siguiente como consecuencia del golpe de estado en Bulgaria, en el curso del cual fue asesinado Stamboliyski. Fue retomada durante la segunda mitad de los años veinte y desarrolló un rol catalizador de los movimientos campesinos en Europa Central y Septentrional, al menos hasta la llegada de Hitler al poder.

¹⁵ Stjepan Radić (1871-1928) fue el líder indiscutido del Partido Campesino Croata. Sanguíneo y muy popular, luego del fin de la Primera Guerra Mundial se opuso al centralismo dinástico del Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos, propugnando una reforma agraria que favoreciera a los pequeños campesinos. Asimismo, asumió un comportamiento republicano, hasta buscar el apoyo bolchevique para su agenda nacional croata, y adhirió al Krestintern. Por este motivo fue arrestado a su regreso de Moscú. Luego fue liberado y llamado a formar parte del gobierno en Belgrado. Murió en 1928 como consecuencia de un atentado perpetrado por un nacionalista pan-serbio de origen montenegrino.

¹⁶ Y en efecto Andrea Graziosi, citando a Michael Confino, muestra que en considerable medida la Nueva Política Económica fue interpretada por los campesinos –sobre todo en Ucrania– como una confirmación de la plausibilidad y la funcionalidad de la “utopía agrarista”, que no solo era difundida por los partidos agrarios de la Europa Central y Oriental sino que además, en 1918 y 1919, estaba muy presente también en el programa de los campesinos rebeldes de las regiones ucranianas y cosacas. Ver Andrea Graziosi, *The Great Soviet Peasant War. Bolsheviks and Peasants 1917-1933*, Cambridge, Harvard Papers in Ukrainian Studies, 1996, pp. 24-25 y 41.

¹⁷ Al ocuparse Lenin de la cuestión de la autodeterminación de los pueblos considerada como secesión, en sus escritos de 1916 y años siguientes, viene a coincidir con Mazzini al expresar francamente la convicción de que “el tamaño mínimo de un estado” era indispensable para asegurar un nivel aceptable de nutrición y una posibilidad de bienestar para la población, hasta el extremo de supeditar la actitud de la clase obrera en favor de la secesión a que se diera precisamente la existencia de un “tamaño mínimo”.

¹⁸ Sobre la política soviética de los años veinte, ver, con más amplitud, Anna di Biagio, *Le origini dell'isolazionismo sovietico. L'Unione Sovietica e l'Europa dal 1918 al 1928*, Milano, Angeli, 1990.

¹⁹ El miedo a la revolución mundial perturbaba el sueño de los con-

servadores europeos desde la época de De Maistre. Él fue el primero que pronosticó la posibilidad de que una revolución mundial partiera precisamente de Rusia, y al expandirse por toda Europa señalara el ocaso de este continente. Aunque la voz “comunismo” aun no se había difundido en tiempos del Congreso de Viena, data de esa época la fobia que acompañaría a todo el siglo XIX, mientras las revoluciones se sucedían con intensidad creciente. Ver Dieter Groh, *La Russia e l'autocoscienza d'Europa*, Torino Einaudi, 1980, pp. 130-131.

²⁰ Piénsese, por ejemplo, a ese respecto, en la repercusión que tuvieron en Occidente la guerra civil griega, la guerra de Corea, la de Vietnam, la frustrada invasión de Bahía de Cochinos y la revolución sandinista, seguidas en tiempos de la paridad nuclear brezneviana por la penetración soviética en el Cuerno de África y por la rivalidad chino-soviética en Angola y Mozambique.

²¹ Se alude aquí a las reivindicaciones políticas democráticas que en el siglo XIX jugaron un papel esencial en el redimensionamiento del liberalismo de principios de siglo y su desconfianza hacia el estado. Eso no significa que tales ideas no hayan sido atractivas e influyentes también en Europa Oriental; lo que se desea subrayar es que algunos valores típicamente democráticos como la solidaridad y la igualdad (esta última percibida más como igualitarismo) se afirmaron según una trayectoria interna propia.

²² Sobre la concepción del espacio territorial en la URSS y en Rusia, ver Silvio Fagiolo, *La Russia di Gorbaciov*, Milano, Angeli, 1988, pp. 122-129; y George Kennan, *Possiamo coesistere?*, Roma, Editori Riuniti, 1982.

²³ Ver nota 5.

²⁴ Pocas son las reflexiones existentes acerca de la compleja relación entre premodernidad, modernidad y posmodernidad en Europa Oriental. De todos modos, se recomienda ver, especialmente, Raivo Vetik: “Estonian Nationalism: Premodern, Modern and Postmodern”, ponencia presentada en el encuentro organizado por la Universidad Estatal de Tallinn *Contested Modernities: an Interdisciplinary Approach*, Käsmu, 14 y 15 de agosto de 2006, con la réplica de George Schöpflin; asimismo, también de R. Vetik, *The Cultural and Social Makeup of Estonia*, en Pål Kolstø (compilador), *National Integration and Violent Conflict in Post-Soviet Societies*, Lanham, Rowman & Littlefield, 2002.

²⁵ *Mutatis mutandis*, tal comportamiento no era tan distinto, a fin de cuentas, de las resistencias que despertaba el neoliberalismo en Occidente, y sobre todo en Francia, Alemania, Italia y Austria, entre los siglos XX y XXI. En esos países, la opinión prevaleciente fue que la extensión de la propiedad pública y la difusión del estado social, de origen socialdemócrata y socialcristiano (según lógicas que, justamente, no estaban tan apartadas de la cultura solidarista rural o de la comunista propias de Europa Oriental), se hallaban en clara oposición a las tendencias de la globalización económica, basadas en las privatizaciones, la deslocalización, el traslado de los centros fiscales y de toma de decisiones, en una óptica justamente “global” que implicaba la desnacionalización del estado.

²⁶ Edward Said, *Orientalism*, London, Penguin, 1991 (ed. orig. 1978).

²⁷ Karl Marx y Friedrich Engels, *Manifiesto del partido comunista*, Buenos Aires, CS ediciones, 2001 (ed. orig. 1848).

²⁸ K. Marx, *El capital*, México D.F. – Madrid, Siglo Veintiuno, 1998 (ed. orig. 1867).

²⁹ Ver sobre este tema Martin Bernal, *Black Athena. The Afroasiatic Roots of Classical Civilization*, London, Vintage, 1991; también Linda Weiss y John M. Hobson, *States and Economic Development*, Cambridge, Polity Press, 1995; Clive Trebilcock, *The Industrialization of the Continental Powers 1870-1914*, London, Longman, 1981.

³⁰ Ver los interesantes esquemas comparativos Occidente-Oriente en John M. Hobson, *The Eastern Origins of the Western Civilisation*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, pp. 8 y 16.